

## SIBACOBY, DE NOCHE

*Espacios encimados,  
montañas que separan  
nuestra realidad despeñada  
(...) el aura (...)  
susurra eternamente  
el mismo tono.*

- Mara Romero, *Identidad*.

### **Asesina jovencita a su atacante**

Esperanza, Sonora, 21 de Agosto de 2006

Agentes de la Policía Judicial del Estado detuvieron a una menor que al parecer cometió un homicidio en contra de un joven que quiso forzarla a sostener relaciones sexuales, en hechos ocurridos en el predio Sibacoby del Ejido Cócorit.

La menor detenida es Josefa Buitimea Gómez de 15 años de edad con domicilio en la colonia Miravalle de Ciudad Obregón. El occiso fue identificado como Luciano Valenzuela Murrieta. Contaba con 31 años de edad y tenía su domicilio en la colonia Eduardo Estrella, en Cócorit. Quedó pendiente el resultado de la autopsia para determinar las causas de su muerte.

Un familiar de la menor dijo que, a eso de la 01:00 horas de hoy, la menor junto con el hoy occiso, salieron a pasear a caballo y al cabo de un tiempo no regresaron, por lo que optó por interponer una denuncia por la desaparición de la menor.

Tras intensa búsqueda por la región, Agentes de la Procuraduría de Justicia localizaron a la menor en la población de Cócorit, quien en sus primeras declaraciones dijo que el tipo se la llevo al citado predio donde quiso forzarla a sostener relaciones sexuales. Relató que aprovechó un descuido del hoy finado y se apoderó de un garrote y le asestó varios golpes en el cuerpo y se retiró del lugar a pie.

Tras conocer esta versión, agentes de la Procuraduría de Justicia acudieron al lugar de los hechos y descubrieron el cuerpo sin vida de Valenzuela Murrieta por lo que se notificó de inmediato al Agente del Ministerio Público del Fuero Común quien se hizo cargo de las investigaciones.

“Eso no es cierto”, dijo la abuela de Josefa. “Estábamos todos en la fiesta, aquí en el patio de mi casa, como si fuera una ramada, Luciano le dijo a la chamaca que si quería ver a la fantasma que él la llevaba. La fantasma de la casona, esa se aparece también en otros lados, en el árbol chueco y otros lugares, ahí la llevo nuestro Luciano. Son primos, ellos. Pero ya ve que la mamá de Josefa es de Obregón y allá se la llevaron desde chiquita, no sabe muchas cosas la niña, cosas de nosotros, por eso anda diciendo que lo agarró a golpes ella, tan flaquita, eso no es cierto. La fantasma es una mujer yaqui, eso es lo que dicen, una de tantas que mataron los *yoris* en este pueblo. Casi siempre en la casona, pero hay quien dice que la vio en el Hotel o en el árbol chueco, pero siempre anda por aquí, recordándonos. La fantasma se ríe mucho cuando espanta caballos. Anoche se rió, todos la oímos. Luego se oyó clarito que el muchacho gritaba ‘caballo desgraciado’. Así que el caballo se le espantó, se le puso bravo y el caballo acabo con él, así son cuando espantados, desconocen al amo.”

“Eso no es cierto”, dijo el toro amarrado a la madera pelona de un cerco improvisado. “El que acabó con el muchacho desgraciado no fue un caballo, fui yo. Noté clarito que se le echó encima a la muchacha y ella se le zafaba. Yo la conozco de vista, la he mirado largo, cuando camina, cuando acarrea el agua hasta la casa de su abuela, cuando viene de Obregón. La he mirado largo y yo por mí me casaba con ella pero estaba esperando que se hiciera mayor. El muchacho este desgraciado se me adelantó. Yo me le convertí en hombre, en la fiera que soy y me le fui arriba, me le fui derechito y vi como ella corría, sin distinguir ni mi cara ni la cuerda ésta que traigo amarrada y que seguía colgando mientras el otro

gritaba 'caballo desgraciado' y el caballo desgraciado se iba corriendo.”

“Eso no es cierto, yo vi clarito que a la muchacha le salieron patas de cabra y empezó a patear al muchacho, una vez que se vio sola en el monte con él, rumbo al árbol chueco. Lo pateaba riéndose a carcajadas. Entonces sentí toda la sangre correr, la sangre que ya se ha derramado en mis calles y en mi plaza. Sentí que el muchacho era parte de mí, ella no. Los árboles me pesaban más que de costumbre y me costaba trabajo respirar a través de ellos. Los troncos canosos de los cactus de las afueras de mí tierra fértil me picaban y me decían que un *yorí* se había cruzado a nuestro territorio y que ya nos estaba injiriendo un mal. El muchacho se volvió serpiente, no le quedó de otra, y la muchacha tuvo todavía más miedo y lo pateó más fuerte. Pero la verdad es que el muchacho nunca la atacó. Tampoco se murió bien muerto, nomás a medias. Y ya sabemos lo que pasa cuando los que son serpiente no terminan de morir. Luciano acusó a la muchacha y ésta tiene que ser castigada.”

“Eso no es cierto”, dijo la niña cuando fue interrogada por tercera vez. La verdad tuve miedo de delatar a mi Luciano y por eso no les dije la verdad. Pero ahora, que me lo están enseñando con su carita chueca y sus piernas quebradas, ahora sí ya sé que está muerto y que no está libre por ahí, fugitivo y lleno de culpa. Lo que pasó fue que Luciano y yo nos queríamos mucho, nos íbamos a casar. Empezamos a besarnos, me daba cosquillas y me reía de su plática. Entonces apareció otro señor, un señor muy grande y fortachón. Empezó a golpearlo a Luciano y éste tuvo que defenderse, yo le pasé un garrote y él lo usó hasta que el

otro señor cayó lleno de sangre, con los ojos abiertos. Nos dio mucho miedo porque estábamos seguros de que estaba muerto. El caballo daba vueltas alrededor del árbol chueco, un árbol regrandote, ‘caballo desgraciado’ le grito Luciano y el caballo vino y Luciano se trepó. No tengas miedo y ándate con la abuela, me dijo. Yo tengo que irme o me encierran. Así que tuve que regresarme caminando pero no sabía por dónde. Entonces él me alcanzó galopando y me dijo: métete a este árbol, no le hace que seas medio *yori*, y me metí. Caminé por unas puertas muy altas de madera, todo bien oscuro y bien húmedo. Mientras yo estaba adentro del árbol escuchaba la voz clarita de Luciano que me iba guiando y yo le contestaba, me decía dónde tenía que dar vuelta. Cuando salí ya era de día, salí de otro árbol, más cerca de la casa. Luciano ya no estaba, nadie sabía dónde estaba. Por eso no sé cómo murió, ni cuándo.”

“Eso no es cierto”, dice una voz en la oscuridad cada noche desde el veintiuno de agosto. Luego se escucha el relinchar de un caballo.

*Cristina Rascón Castro (Sonora, México, 1976)*

*Del libro “Puede que un sahuaro seas tú”,*

*Fondo Regional para la Cultura y las Artes, 2010.*

*Premio Noroeste de Literatura 2008.*